

XI recopilación de cuentos de **Ficción Científica**, curso 2022-23.

Prólogo

Hay cosas que uno se impone hacer pese a que no le apetece o incluso no está de acuerdo. Es el caso de este prólogo. No es el primero que escribo para recopilación de cuentos publicados en el curso académico correspondiente de la web **Ficción Científica**. Ya lo hice en la VII antología del curso 2018-19 y para mí fue un placer como también lo sería esta vez, sino fuera la última.

Ya he comentado como y porqué conocí a José Antonio Cordobés comodoro en jefe de **Ficción Científica**, no me repetiré, pero pocas veces se ha comentado lo humilde e incluso tímido que es. El Fandom español está lleno de ejemplos de personas que han hecho mucho menor que él y alzan su voz reclamando reconocimientos y aplausos. José Antonio nunca ha hecho proselitismo, él es un caballero calmo más propio de otro tiempo, perfectamente capacitado para protagonizar el cuento que cierra esta antología, y por ende contrario a esa forma de entender la promoción del género tan en boga en nuestros días. Son tiempos de estorninos, de escritores que no leen, de espectadores que ven sus series a velocidad acelerada, que con conocer el titular ya están perfectamente informados y que votan sin haber pensado.

Si hay ira en estas letras toda la aporto yo, si hay queji'o todo es mío, José Antonio escucha y a lo sumo aporta un "ya" y pasa a otra cosa. **Ficción Científica** no cesa su actividad, simplemente ya no publicará más cuentos. Yo me enteré cuando le remití, para su publicación; **La última cabalgada**. Me contestó que ya no los publicaba, pero que haría una excepción con el mío y sería el último. Le pregunté la razón y me quedé desconcertado: no recibe originales. Y así, sin darle más vueltas, lo dijo. Tuve que mirar las fechas de publicación de los cuentos para entenderlo mejor. El curso empezó bien, uno cada lunes a partir de octubre. Sin embargo, el último lunes de octubre falló, para retomar al lunes siguiente. A partir de ahí, el páramo: uno el 23 de enero y el último el 27 marzo.

Estas son las once antologías publicadas, se indica el ordinal de la edición, el curso académico, el título de la antología, el prologuista y el número de relatos publicados.

I. 2012-13. **Ellos son el futuro**. Cristina Jurado. 15 relatos.

II. 2013-14. **Mundos**. Nieves Delgado. 29 relatos.

III. 2014-15. **Tres años caminando juntos**. Miguel Santander. 31 relatos.

IV. 2015-16. **Más allá del tiempo y del espacio.** Juan G. Mesa. 29 relatos.

V. 2016-17. **Laberinto fantástico.** Teresa Mira de Echevarría. 33 relatos.

VI. 2017-18. **Ángeles caídos y otros relatos de ficción científica.** Alicia Pérez Gil. 35 relatos.

VII. 2018-19. **División Robótica y otros relatos.** Paco Mancera. 37 relatos.

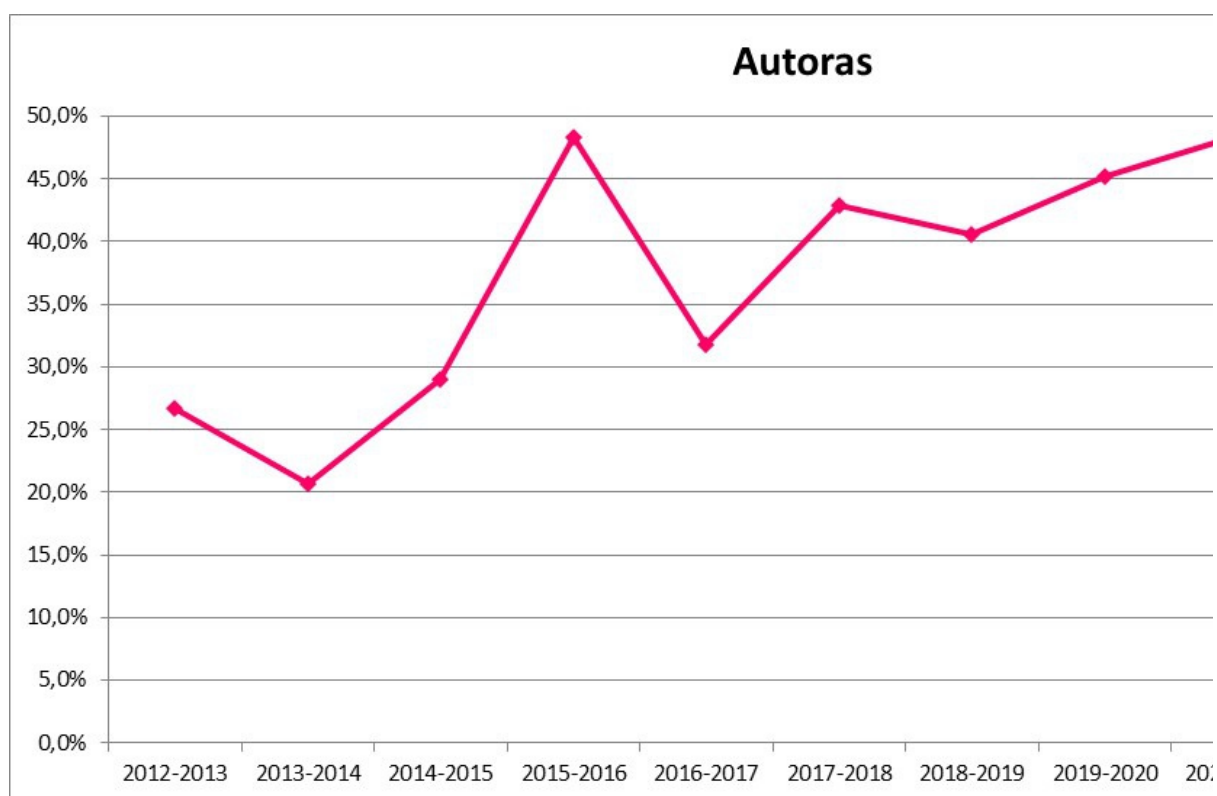
VIII. 2019-20. **El ansia y otros relatos.** Dolo Espinosa. 31 relatos

IX. 2020-21. **Inquilinos y otros relatos.** Manuel Berlanga. 33 relatos.

X. 2021-22. **Yo destruí la Tierra y otros relatos.** Fátima Romero. 30 relatos.

XI. 2022-23. **Otros relatos y la Última Cabalgada.** Paco Mancera. 7 relatos.

En 2019 hice un estudio sobre la autoría de los relatos que ahora actualizo. Las autoras han crecido en porcentaje como se evidencia en el siguiente gráfico, salvo la excepción de esta última edición:



Aunque no hay suficientes datos (sólo dispongo de una muestra pareada o asociada de once observaciones) para realizar inferencia estadística fiable, se puede afirmar que con una probabilidad del 90% el porcentaje de participación de las autoras en las antologías de **Ficción Científica** oscila entre el 31,80% y el 43,13% (en 2019 lo hacía entre 27,02% y el 41,52%¹

2

3

4

5).

Los cuentos de esta XI edición.

La información que se aporta es: orden de publicación, fecha de publicación, autor, nombre del relato, extensión del relato (número de palabras) y un comentario personal que su lectura me ha suscitado.

1.- 3 octubre 2022

Roxanna Delgado, **Un hombre en la vía** (972 palabras).

Un cuento breve, un cuento clásico, donde la última frase lo explica todo. El fantástico es el más propio para este subgénero de narración corta. Carreteras en medios del bosque, accidentes y sus fantasmas. Mientras leía comenzó, en mi cabeza, a sonar la canción de Roberto Carlos (1970) **120... 150... 200 km por Hora** (<https://www.youtube.com/watch?v=sPHYVl8yHik>)

2.- 10 octubre 2022.

by PacoMan, **Así en el cielo como en el infierno** (677 palabras).

Otro cuento breve, muy breve, en este caso de mi autoría, que narra mis primeras vicisitudes tras mi muerte. Mi padre murió en agosto de 2022, escribir este texto me ayudó a sobrellevarlo.

3.- 17 octubre 2022.

Víctor Conde, **Los últimos supervivientes** (3003 palabras)

Víctor Conde autor con varias decenas de libros publicadas a sus espaldas, nos trae un dilema clásico de la ciencia ficción y como en la época dorada, se resuelve como la habría hecho Ray Bradbury.

4.- 24 octubre 2022.

Jorge Miño, **Estampida** (3699 palabras)

El quiteño Jorge Miño nos plantea un viaje relativista de colonización de una nave-arca, en la línea de **La Nave** (1951) de Tomás Salvador. Curiosamente los viajeros no hacen más que recibir... "curiosas" visitas que van in crecento hasta llegar a destino. En un memorable tono humorístico se nos narra una trepidante historia, truncada, inacabada. **Estampida** está pidiendo a gritos una continuación.

5.- 7 noviembre 2022.

Juan Keller, **3.1.2. (La pesadilla de Escher)** (2420 palabras)

Keller narra estricto, breve y directo. Sus frases son soldados en batalla. Sin ni una sola concesión al estilo, se nos narra lo primordial, de una historia de enfermedad y perpetuación. Al acabar hay que tomar aire, había dejado de respirar al leer esta pesadilla de Escher.

6.- 23 enero 2023.

Salomé Guadalupe Ingelmo, **Mientras madura la cosecha.** (1415 palabras)

Una historia distópica que se nutre del mejor de los Bradbury. Se hace breve, deseando saber más, para descubrir que no había mejor final que el que propone Salomé. Por cierto, muy necesario en estos tiempos de zozobra reaccionaria.

7.- 27 marzo 2023.

by PacoMan, **La última cabalgada**. (630 palabras).

Y cierro volumen y colección con una historia de dignidad, de dignidad al decir adiós, al acabar, al irse sin despedirse, pero por la puerta grande. Admito las influencias de Juez Dredd, **Quadrophenia** (1979) y la escena de **Excalibur** (1981) donde los caballeros de la mesa redonda se dirigen a la batalla con el **Carmina Burana** sonando de fondo.

Fue involuntario, no sabía que la publicación de relatos en **Ficción Científica** se acababa, pero me alegro de haber llegado justo para rendir honores, para ver cómo se despiden los buenos: sin alzar la voz y sin mirar atrás.

By PacoMan

Un hombre en la vía

Delgado, Roxanna

Por aquí fue el accidente, en algún punto de la pista. Son tantos los árboles a la orilla de la vía que quién sabe contra cuál habrá sido el choque. Se supo que encontraron el vehículo pero no a la persona. Se presume era un hombre, no iba con nadie más. Porque alguien alcanzó a verlo en la carretera y advirtió que iba muy rápido, en un antiguo Chevrolet verde claro. Ese fue el vehículo que encontraron chocado, todo desbaratado. Dicen que al parecer lo retiraron muy temprano en la mañana, después del accidente que ocurrió en horas del atardecer del día anterior.

¿Y quién dijo que el hombre habría muerto? Yo no lo creo así. Aunque aseguran que por la forma en que quedó el auto, nadie habría salido ileso de esa. ¿Pero entonces dónde está? A lo mejor lo que hizo fue salir de él y acudir a cualquier lugar donde encontrar ayuda y luego quizá no recordaría nada de lo que pasó. Los árboles de la orilla dan a un bosque muy denso, sería fácil perderse en la espesura, más en el atardecer. Internarse ahí dentro en la penumbra te puede llevar a perderte.

La gente asegura que el tipo murió y que aparece en los atardeceres. Sale del bosque y se para al borde de la vía a pedir bola. Hay quienes se han detenido a llevarlo creyendo que se trata de una persona común y corriente y han contado la historia después. Les dice que va cerca, solo quiere un empujón porque está oscureciendo. No les indica exactamente a dónde va. Por más que intentan entablar conversación con él, se mantiene en silencio o responde a cualquier cosa con monosílabos, si lo amerita. El conductor termina por no hacerle caso y kilómetros más adelante el hombre pide que se orille y lo deje. Da las gracias pero ni dice su nombre. Algunos se han quedado ahí para ver a dónde va, porque todo lo que hay alrededor es monte. Ven que se interna entre los árboles y simplemente desaparece más adelante, entre la penumbra del follaje. Nadie ha encontrado por ahí alguna casa cercana a donde pudiera decirse que el sujeto se dirige, por lo que se ha quedado entre

la gente del paraje que se trata de un muerto, el accidentado desaparecido. Muchos ya tienen temor de dar bolas por el rumor que ha corrido sobre el extraño en la autopista.

Insisto en que no creo en la versión de su muerte. Creo que pudo haber salido ileso, o tal vez afectado y encontraría alguna ayuda. Siempre circulo por esta carretera sin haber visto nada raro. Y he dado bolas a personas por aquí. Una vez fue una mujer con un niño. Lo llevaba al hospital más cercano con una fiebre repentina. Antes de que anocheciera, prefería llevarlo, por si tendría que internarlo. La dejé en el hospital y me devolví para retomar mi destino. En otra ocasión fue un señor de edad que se pasó de tragos en la finca de un amigo e iba de vuelta a su casa. Su amigo no podía llevarlo y se aventuró a pedir bola. Cuando llegamos al pueblo, lo dejé cerca de su casa porque no quería que su mujer lo viera llegar con alguien. Pero la experiencia de llevar a un hombre extraño que se baje en plena carretera y luego desaparezca, nunca.

Encontré a este hombre una tarde cerca de un cruce, cayendo el sol. Tenía el brazo levantado, la mano cerrada y el pulgar apuntando. Detuve el vehículo para recogerlo. Sólo indicó que iba más adelante, unos kilómetros. Comentó que la tarde estaba bonita, le respondí que sí y lo estudié de reojo. Un rostro sereno, concentrado en sus pensamientos, mirando hacia delante, de vez en cuando apartaba la vista para ver los árboles en la orilla. Preguntó si vivía por los alrededores. Le dije que no, un tanto sorprendido de que expresara algo más. No se trataba de que tuviera temor, ese señor no se veía nada extraño o sobrenatural para mí. Lo que la gente comenta son sólo tonterías.

Unos minutos después, solicitó que lo dejara. Agradeció la bola y le respondí afirmando con la cabeza. Observé que en el punto donde se quedó no había nada, solo árboles a través de los cuales se adentró. Pero me intrigó que en medio de la espesura hubiera una pequeña vivienda a muchos metros de distancia más allá de la orilla de la vía. El hombre se dirigía a ella a través de la incipiente oscuridad del anochecer. Jamás me hubiera imaginado que por esos parajes hubiera una casa. Miré hacia delante el camino que me quedaba por recorrer y luego hacia el bosque. Lo próximo que vi me extrañó: no volví a ver la casa y mucho menos al hombre.

Continué mi trayecto con aquel individuo en la mente, no podía procesar lo que vieron mis ojos. Ya la tarde se había cerrado sobre la copa de los árboles dejando un matiz violáceo en el cielo. Los árboles ennegrecieron, la temperatura afuera se hizo más fresca. La autopista estaba solitaria, casi no hay tránsito a esas horas. Me concentré en ella. Es una delicia recorrerla, los árboles pasan a ambos lados de la vía a una velocidad vertiginosa. Nunca sé cuál de ellos es el definitivo, todos son iguales. Solo sé que fue por aquí. Cuando finalmente lo incrusto, dejo el vehículo, me adentro al bosque en dirección hacia lo que creo es una casa y caigo unos metros adelante, hasta la próxima vez que salga a pedir bola o retome el Chevrolet para disfrutar del viaje.

*Pedir bola: pedir un aventón, hacer auto-stop. Dar bola: dar un aventón, encaminar en un vehículo. (N. de la A.)

Así en el cielo como en el infierno

by PacoMan

He muerto. No me noto el cuerpo y dos luces de camión se hacen más grande, y más grandes. Porque ya estoy muerto, si no diría que me va a atropellar ¡Argh! Caray que susto... anda, pues ya estoy en el ... donde quiera que vayamos los muertos. No es gran cosa "esto" ¡Vaya por Dios! yo tampoco soy... ¡Que no soy nada!

¡Estoy feliz! Soy muy feliz, por fin volveré a encontrarme con mi esposa y mi padre: se fueron demasiado pronto.

Súbitamente noto una presencia a mi lado.

-¿Es usted Paco Mancera?

-Sí, soy yo. ¿Sabe dónde está mi familia?

-Ah, ¿No han venido?

-Usted es la primera...

-Ser, ahora somos seres.

—Gracias. Usted es el primer ser que ha venido a verme. Una pregunta, si somos seres, ¿No hay ...

—No —interrumpió el ser interpelado— aquí no hay sexos, ni géneros, ni inclinaciones, ni declinaciones. Por eso todos somos seres, independientemente de lo que fuimos en la Tierra, Sirio u Orión.

— ¿En Orión también hay humanos? ¿Y en Sirio?

—Humanos, humanos no, pero... eso es largo de explicar, mejor en otro momento. Venga, les doy un toque a sus familiares, en un plisplás están aquí.

—Perdone ¿Y qué podemos hacer los seres aquí?

—Estar con otros seres.

—Me da una alegría, no tener que ir a trabajar, ni a la playa con la esposa y los niños.

—Sí, sólo se puede estar con otros seres y eso por toda la eternidad.

No negaré que ese último comentario me dejó confuso, además mi mujercita estaba tardando mucho. Seguí preguntando para no preocuparme:

—Si no hay que trabajar ¿Usted que está haciendo aquí, conmigo?

— ¿Yo? Ganar puntos para poder pasar un ratito con el Gran Elvis Presley – podría decirse que el ser dio un saltito a la vez que daba un gritito, eso si hubiera tenido cuerdas vocales y piernas, cosas que no tenía.

—No entiendo.

—Como no hay nada que hacer, ni comer, ni vestir, ni comprar, ni tener, ni conducir, ni enseñar. Sólo estar con otros seres, los más famosos están muy demandados y se niegan a estar con otros seres.

— ¿Entonces?

—Como el Jef@ quiere que se hagan ciertas cositas, como recibir a los recién llegados. Obliga a que los seres más demandados tengan que pasar tiempo con los seres, que acumulan puntos suficientes. Atenderlo a usted me va a permitir estar con Elvis.

—Pues me alegro. Oiga, ¿Y mi esposa?

—Vaya, parece que no está aquí. Venga le enseño a dar toques. Mírese aquí, ¿lo ve? Pues ya puede leer lo que recibe y lo que manda.

—Ah, sí ya veo. ¿Cómo que no existe mi esposa? ¿Y mi padre?

—Compruébelo usted mismo. Perdóneme, pero Elvis me espera ¡Bienvenido!

Busqué ávido la señal de mi padre. Me encontré un texto para mí y un icono de no molestar. No entendía porque no quería contactar conmigo. Seguro que en el mensaje lo explicaba todo, sería una tontería, seguro. Lo abrí:

"Paco, mira:

Es difícil explicar. Pero aquí estamos los que hemos ganado el descanso

eterno. Y eso es lo que gané, cuando morí: me libré de ti, de tus estupideces, de tus inseguridades y tus limitaciones sin límite.

Llevo un tiempo magnífico aquí y no quiero que eso cambié por toda la eternidad. Por favor no me llames.

Tu padre, que desea dejar de serlo.

PD: Tu mujer no te soportaba más y fingió su muerte.

PD 2: Respecto a tu madre, cuando yo me vine, ya estaba harta de ti.

PD 3: No te vuelvas a poner en contacto conmigo. "

Tardé... no sé lo que tardé, porque no sé cómo se mide el tiempo aquí, pero fue una pequeña eternidad. Me sumergí en mí y salí un poco asqueado... ni yo mismo me soporto. Concluí que el infierno somos nosotros, los seres, esos que antes fuimos humanos.

by PacoMan

Post Scriptum

— ¡Oye! ¿Eres Paco Mancera? ¿El que escribía?

El que no se consuela es porque no quiere. Ahora sí.

by PacoMan

Los últimos supervivientes

Conde, Víctor

La humanidad siempre había interpuesto las mismas excusas, frágiles como la piel, que se reducían a una sola cosa: egoísmo. Ombliguismo. Crueldad. Excusas destinadas a ignorar su propia incompetencia, su manera tardía y errónea de gestionar las crisis. Por eso, cuando los misiles se alzaron en las velocidades negras, en los resplandores de cobalto, en las amenazas rotas, cabalgando sus trayectorias de muerte hacia las ciudades que debían devastar... tanto Víctor Lazlo como sus compañeros de la atalaya Luna supieron que no había vuelta atrás. Acababa de amanecer el último día de la historia de la humanidad.

—Son engendros de metal —dijo su compañera, la teniente Sánchez, tropezando con cada sílaba—. No llevan gente en sus entrañas. Son solo ojivas nucleares.

Víctor asintió, observando desde aquel privilegiado mirador la suave curva de la Tierra. Desde allí podrían ver mejor que nadie cuántos impactos habría, cuántos destellos blancos, cuánta muerte acompañando aquella erupción tecnológica de ingenios de guerra y humos indostánicos y setas de un kilómetro de altura. Cada destello que hiriese sus ojos implicaría el desvanecimiento de un millón de almas. Y allí no habría fieles que se reunieran al amanecer para consagrar el milagro. Después de aquel día ya no habría más muerte, porque ya no quedaría nadie más a quien matar.

—Tenemos combustible para un viaje más, uno solo —comentó Víctor, mirando los indicadores del panel de la base—. Ida y vuelta, un solo cohete. Podemos bajar, recoger a toda la gente que podamos y subirla en la bodega. Un último puñado de supervivientes escogidos al azar entre ocho mil millones.

Los ojos de todas las personas que estaban reunidas en la sala de control,

unas treinta, lo miraron en silencio. Por un instante, reflejaron la luz lunar que llegaba del sol y que allí estaba por todas partes, la destilaron y la convirtieron en un estanque de plata.

—Sabía que terminaría saliendo ese dilema —comentó Johansen, el capitán en funciones. Su antecesor se había suicidado cuando los misiles empezaron a volar, incapaz de soportar el horror de semejante escenario. Sus últimas palabras fueron: «Al final lo han hecho, los muy malnacidos... lo han hecho». Y sus sesos pintaron la pared. Johansen no quería el cargo, pero no le quedaba más remedio que asumirlo según la cadena de mando —. No sé cuánto aire nos queda, ni cómo está el sistema de reciclado —suspiró—. Teniendo en cuenta lo que está pasando allá abajo, creo que no podremos descender a la Tierra a por recursos en una buena temporada, quizá años. O décadas. ¿Vamos a incrementar el personal de la base trayendo a cuanta gente podamos, a costa de estos magros recursos...?

Lo miraron como si hubiese cometido un pecado al decir en voz alta algo que, en realidad, estaba en todas las mentes y en todos los corazones. Había un duelo perverso, y sus protagonistas eran la moral y el sentido práctico de los últimos supervivientes. China había liberado sus misiles, Estados Unidos también, Rusia también, y Corea, y Francia, e Irán... todo aquel que tenía un botón y ganas de apretarlo lo había hecho, las estrellas siendo pulverizadas por sus negras toberas. Cuando la letal granizada acabara y se dispararan sus estelas de melancolía radiactiva, quedaría muy poco planeta sin contaminar. Ese bien tanpreciado en el universo llamado «ser humano» amputaría para siempre sus posibilidades de futuro. Si había una última oportunidad de hacer aquello, de coger en plan lancha salvavidas a un simple puñado de personas y sacarlas del armagedón, trayéndoselas a base Luna, era ahora o nunca. La lotería más extrema y cruel de la historia del mundo: arriesgarlo todo para alargar una mano, la última, y escoger por pura casualidad a un último Mozart, una última Curie, un último Bech, una última Anisimova... O quizás, a un simple puñado de personas corrientes. Aun esto último ya valdría la pena el esfuerzo.

La gran pregunta que cruzaba por la mente de todos era si eso no disminuiría drásticamente sus posibilidades de supervivencia, las del conjunto. Mientras más personas dependieran de aquel frágil sistema de soporte vital, menos probabilidades tendrían

de aguantar sin asfixiarse, de regenerar el agua y la comida. Johansen era el malvado, según el guión: el que se había atrevido a decirlo en voz alta. Esos malos tragos venían con los galones de comandante.

—Tendremos que sembrar el doble de cultivos en las hidropónicas de los domos —dijo alguien, al fondo—. No nos alcanzará el abono, pero podríamos usar nuestros desperdicios para fabricar suelo útil...

—A mí lo que me preocupa es el comportamiento a largo plazo de tanta gente hacinada en tan poco espacio —apuntó el psicólogo de la base—. La atalaya se diseñó para albergar cómodamente a quince personas. Actualmente somos el doble, y ya notamos estrecheces. Si tenemos que prever el comportamiento de un grupo humano de pongámosle cincuenta personas durante años, o décadas, en un espacio diseñado para quince... Esto va a ser un desastre, a la larga.

—No me puedo creer que realmente nos lo estemos planteando —gruñó Sánchez, enfadada, sus ojos dos ópalos lunares en el fondo de un arroyo de agua clara. Miraba a sus compañeros sin dar crédito a sus palabras—. No tenemos elección, ¿entendéis? Esto ya no es una simple cuestión de planificación científica o tecnológica. Estamos a las puertas del exterminio de la humanidad, del último amanecer que verá nuestra especie, y vosotros os estáis planteando si el aire o la comida serán suficientes. Yo digo: a la mierda. ¡Es de vidas humanas de lo que estamos hablando, joder! Primero rescatemos las que podamos, y ya nos enfrentaremos a los problemas técnicos después...

—Creo que el asunto no es tan monocromo como tú lo pintas, María — se enfadó el psicólogo, lo que dio pie a un breve estallido de voces e insultos. Pero el capitán los silenció con un grito.

—¡Ya basta! Nuestros problemas son graves, eso lo sabemos, pero por lo menos tenemos la suerte de que ninguna de esas ojivas está volando directamente hacia

nosotros, cosa que no puede decir en este momento ni un diez por ciento de la humanidad. — Sus ojos estaban desorbitados y mostraban buena parte de la esclerótica, como un tigre dispuesto para la pelea. Mientras hablaba se tiraba de la carne del rostro hacia abajo, convirtiéndolo en algo parecido a la máscara de una bruja—. Hace un momento acaba de llegar el ping automático que avisa de la ruina total de las bases de datos de los búnkeres, allá en Europa. Un impulso IE las ha destruido. Ya no queda superficie digital sobre la Tierra, toda la memoria virtual del planeta ha sido borrada de la existencia.

Víctor miró a la nada con ojos desorbitados como si la nada tuviera algo que decir. Los últimos búnkeres de datos, los últimos que quedaban tras la debacle del día anterior, cuando un estallido electromagnético había frito los circuitos de los servidores de América, Asia y los demás continentes. Internet murió con un chillido de agonía, los bancos de datos ocultos en cajas fuertes explotaron, nada se salvó. La información acumulada de la especie humana, tanto la crucial como la intrascendente, la crítica y la banal, todo se había volatilizado. Era como si los últimos tres mil años de historia jamás hubiesen ocurrido.

Y ahora, Johansen les estaba diciendo que el último reducto que quedaba, el último banco de datos ultraprotegido, oculto tras espesos muros en un sótano tan inalcanzable como el Tártaro... también había sido arrasado. Ya no quedaba registro de ningún conocimiento, en ninguna parte. Y los frentes de llamas y las tormentas de fuego erradicarían todo lo que no era digital y que podía contener aún ese conocimiento: esos libros que esperaban, desprotegidos como las crías del tapir ante la sombra del jaguar, en los anaqueles de las bibliotecas del mundo. Nada sobreviviría, todo quedaría reducido a cenizas.

Este último pensamiento, el ver los libros aleteando y quemándose como polillas en llamas, fue lo que más miedo le dio.

—Iré —anunció con solemnidad—. Bajaré y traeré a la gente, a todos los que quepan. —Miró a Sánchez a los ojos—. Somos científicos, personas inteligentes. Sabremos resolver los problemas futuros que se deriven de esto. Pero no podemos dejarles morir así como así.

La decisión estuvo tomada en una hora. Víctor era el mejor piloto y podía bajar con el cohete de suministros, el más grande que tenían, aterrizar en alguna de las instalaciones de la ESA que aún sobrevivieran, y volver a despegar con su preciosa carga de refugiados. Si es que aún quedaba alguien vivo allí abajo.

Examinaron desde la órbita las plataformas de descenso disponibles, y sus rostros se demudaron: Francia era un campo arrasado por una pitón que escupía un keroseno venenoso sobre el mundo. Alemania ya no existía, era un hematoma en carne viva que lanzaba farallones de humo a la atmósfera. Rusia había quedado reducida a un lienzo sobre el que otros países lanzaban bolas de hollín, su tierra convertida en un estrépito de vidrios rotos, de espejos podridos, de ciudades esqueléticas, de almas quemadas. China era una gigantesca y encendida flor amarilla. América, un pañuelo gris por el que solo rodaban lágrimas. No quedaba nada, nada, nada... ni a este lado de los océanos ni al otro. Aquella incomprendible tormenta se lo había llevado todo.

Pero entonces, un ping solitario dio una respuesta. Era una base de lanzamiento meteorológica en Holanda, que aún estaba entera. Víctor, esperanzado, apretó el botón de ignición y su cohete se elevó como una pluma, sus alerones traseros para vuelo en atmósfera estremeciéndose con lengüetazos de fuego. Puso proa al planeta Tierra, esa canica gris y roja y sucia que tenía debajo, y entró en la atmósfera justo sobre Holanda. Los campos de Leiden esperaban abajo. Empezaba a llover, una tormenta de gotas negras como el alquitrán: una gota, la Tierra. Otra gota, la Luna. Dos gotas más, la furia y el olvido. Tres más, la furia, el olvido y la esperanza. Una, Víctor. Dos, Sánchez. Tres, Johansen. Cuatro gotas y un paraguas. Cuatro gotas y un paraguas.

El cohete tomó tierra en medio de una luz histérica, de un silencio imperativo. Víctor se apeó por la rampa y, sin quitarse el casco —quién sabía si aquel aire ya estaría cargado con partículas nocivas— empezó a explorar la base en busca de personas. Quien fuera, le daba igual. Pero personas. Vivas. Mujeres y niños sobre todo. Mientras corría por los pasillos y examinaba las habitaciones, su voz perdiéndose entre ecos de cemento, el cielo

chilló sobre el complejo como si un dios loco hubiese desgarrado cien años luz de estrellas. Víctor se llevó las manos al pecho, el corazón a punto de fallarle por el miedo, pero nada ocurrió; ninguna bola de fuego se lo llevó, ni un frente de neutrones malignos hizo polvo sus cadenas de aminoácidos. Seguramente sería la onda expansiva de alguna bomba que cayó cerca, enviando al país del recuerdo quizás a Ámsterdam o a La Haya. Pero la base seguía en pie.

Dándose mucha prisa, corrió por los pasillos gritando nombres de personas al azar, en todos los idiomas que conocía.

En la atalaya de la Luna, Sánchez se mordía las uñas de impaciencia. Las horas pasaban y aún no tenían ninguna señal de Víctor en el radar, ninguna comunicación de que hubiera vuelto a despegar y estuviera volviendo. Miraba fijamente la radio y la pantalla del radar, con los ojos esperanzados de aquella niña que hacía tanto tiempo conoció el lenguaje de las olas de la playa, y de las nubes, y del viento en las hojas, y que no temía que la luz rojiza de ningún amanecer quemase las plantas que alzaban sus cuellos en el alféizar de su ventana. Aquella niña que una vez fue, y que sabía leer presagios en la huidiza luz del alba.

Entonces, una erupción de color, el sonido repentino de una alarma. Un punto que acababa de aparecer en el radar, aproximándose a la Luna a base de parpadeos. Llamó a gritos al capitán. Acudieron seis personas.

—¿Es Víctor o un misil balístico que al fin nos ha detectado? —preguntó Johansen, nervioso.

—No, es... ¡Sí, es él! —exclamó con alegría—. Su computadora de vuelo nos devuelve el paquete identificador. Aterrizará en dieciocho minutos.

Todos corrieron a la pista, para prepararla. Víctor les llamó por radio y les dijo que todo había ido bien, y que se preparasen porque venía con las bodegas cargadas. Eso preocupó un poco al intendente de la base, que inmediatamente calculó cuántas bocas más podrían ser eso, y cuántos pulmones, y empezó a sudar haciendo una lista de la comida y el aire que les quedaba. Sánchez, sin embargo, no podía exhalar otra cosa que no fueran sonrisas. ¡Más gente, gente nueva, caras llenas de esperanza, vientres dispuestos a procrear que quizás aún no hubieran sido esterilizados por la radiación! ¡Caras asustadas pero contentas, hacinadas en aquella oscuridad! ¡Un montón de nuevos mañanas apretujados en aquella bodega, con ánimo para enterrar para siempre todos los ayeres!

El cohete aterrizó y se abrió la esclusa de la cabina. En su densa oscuridad, una forma. En la forma, unos ojos. En los ojos, una mirada de alegría y de piedad. Era el futuro que miraba al hombre, y el hombre que le contestaba en respuesta.

Víctor, sudoroso, agotado, apretó el botón que abría las puertas de la bodega del cohete... Las treinta personas de la base contuvieron el aliento, con mantas y provisiones y botellas de oxígeno en las manos, preparadas para todo...

Y todas se quedaron paralizadas.

Porque lo que surgió de aquella bodega, cayendo en un alud incontrolable, en una marea avasalladora y rugiente, no fueron personas sino libros. De aquella especie de esfínter mecánico que se abría y se cerraba llovieron hojas, papeles, volúmenes encuadernados: docenas, cientos de incunables, de tantos tamaños y formas como tipos de encuadernación hubo a lo largo de la historia. Durante el breve lapso en que la gravedad los reclamó, aquellos pájaros de papel batieron sus alas, y sus entrañas blancas se agitaron al viento. Era como si quisieran escapar de algún funesto destino, pero ninguno de ellos sabía volar, así que ninguno podía burlar la gravedad.

Se abrieron con violencia formando un enjambre, cayendo de manera

caótica, chocando unos con otros, hasta que se esparcieron por la plataforma de aterrizaje. La inercia les daba movimiento, saltando y saltando, como una dinamo que los arrastrara al corazón de giros invisibles. Y luego los esparcía boca arriba o boca abajo, exponiendo al mundo sus entrañas. ¡Chas!, por allá caía Shakespeare, con los gritos de un Hamlet confuso ante la ambigua sexualidad de su madre, una culpa travestida de vergüenza que le hacía ver fantasmas con la cara de su padre. ¡Crash!, por allá rebotaban los laberintos simbólicos de Borges, poniéndole coto a sus bibliotecas infinitas. ¡Scrush!, parecían gritar los torturados personajes de Joyce, cuyos monólogos interiores carecían de volumen, eran demasiado sordos para que nadie los oyera. ¡Smash!, el jolgorio se adueñaba de los continentes perdidos de Tolkien, cantando sus complejas mitologías, mostrando con orgullo sus palacios de leyenda, entonando con alegría el melodioso lenguaje de los elfos.

Ante los atónitos ojos de Sánchez y de Johansen y de los demás, aquella avalancha de volúmenes con portadas en varios idiomas y con nombres que empezaban por casi todas las letras del abecedario se esparció por la pista, y se quedó allí, testigo mudo de sí misma.

Con la estupefacción más genuina que mujer alguna hubiese conocido estampada en la cara, la teniente Sánchez alzó la mirada y le preguntó en un hilo de voz:

—¿Q... qué es esto...? ¿Por... por qué libros...? ¿Y la gente? —Una barbacana de furia se encendió en su pecho—. ¿Y las personas, Víctor!? ¿Qué coño has hecho con ellas?

—Llegué a la estación tierra, y allí no había nadie, y salí a recorrer el pueblo que había por allí cerca... —explicó el piloto, agotado, mientras se dejaba caer en la escalinata—. Y solo vi gente moribunda en las aceras, y manos que salían pidiendo ayuda por las ventanas de las casas, y perros famélicos que devoraban los despojos, y... y... —La voz se le quebró—. Y entonces pasé por delante de un local. Era una simple librería. Pero a diferencia del resto de la ciudad, de los demás edificios, estaba llena de rostros sonrientes que me miraban, llenos de alegría, y que aún no habían perecido en la nube de fuego: Norte,

Ulises, Spade, Legolas, Adriano, Celestina, Páramo, Apolonio, Seldon, Carter, Chandra, Cooper, Yáxtor, Evans, Hesión...

»Todos me miraban, me suplicaban que los rescatase. Que los metiera en las bodegas de mi nave y los llevara a algún lugar lejano, donde todavía quedase alguien que quisiera leerlos. Y eso hice. —Hubo una pausa que se alargó tanto que todos temieron que le hubiese dado un ataque, o un desmayo, pero entonces concluyó—: Ya que han dejado de existir las bases de datos que contienen nuestra cultura, quemadas... y que todos los libros del mundo van a ser cenizas, a volatilizarse en el descerebramiento y la locura... al menos que unos pocos se salven y se queden aquí, en la Luna, con nosotros. Para siempre jamás, viviendo entre las estrellas.

La teniente, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, se encaró con él, furiosa, y apretando los puños le dijo:

—No seguiste buscando. Podía haber gente viva allá abajo, escondida, esperando un milagro... y tú no seguiste buscándola. Nos has traído libros en lugar de niños, hijo de puta.

Víctor asintió sin el menor remordimiento.

—La historia juzgará lo que he hecho. Y creo que me juzgará bien.

—¿Y cómo vivirás hasta que eso pase, con semejante cargo de conciencia?

El piloto sonrió y rebuscó al azar, sin mirar, en la montaña de libros. Extrajo uno. Era La Odisea.

—Esperaré leyendo.

Estampida

Miño, Jorge

El viaje espacial es sin retorno. Está previsto que el Sol se convierta en poco en una enana roja y engulla a la Tierra. Ocurrió así que la desbandada terrestre fue a refugiarse en los planetas exteriores. Nuestra misión viaja hacia Gliese 581 c, un planeta que orbita la estrella Gliese 33, ubicada en la parte central de la constelación de Piscis a 20,5 años luz de la Tierra. No volveremos.

La luz que nos rebasó, era del tamaño de una pelota de golf y resultó ser una nave terrestre. Con el ánimo de aclarar los misterios de su aparecimiento tuvieron la gentileza, antes de esfumarse, de arrojar en nuestro buzón un monólogo explicativo sobre su aparición: "Somos la nave Tláloc III de origen terrestre. Al acercarnos a un octavo de la velocidad luz nuestra apariencia les parecerá sobrecogedora, pero es oportuno destacar que somos un crucero de normal envergadura con cien tripulantes. Adiós". Las especulaciones sobre su aparecimiento y repentina huida fueron aclarados por la Tláloc II, que nos alcanzó después; nave algo más lenta y al tamaño de una pelota de gimnasia. Una representación holográfica de su capitana surgida, a tamaño natural, sobre la mesa del comedor en horas de la cena, arrojó nuevos pormenores. Dejé de engullir los frijoles para atender la exquisitez de sus botas, en cuero de caimán de la Florida. Enmudecí ante las piernas mejor torneadas que un alfil de ajedrez, a tono con unos muslos exquisitos engullidos por el látex de su apretada minifalda roja. Habló con anacronismo:

—No temáis terrestres. Viajamos a Gliese 33 al igual que vosotros y es para mí, junto a la tripulación que presido, motivo de orgullo alcanzar a la nave Horus, célebre en los libros de historia que registran la expansión de la raza por el Universo. En verdad os admiro. Fuisteis la primera lanzada en viaje para prospectar un exoplaneta de apariencia terrestre.

Vaya que me conmueve haberos dado alcance —dijo y se levantó la blusa para dejar expuesto su pecho—. Pido, si no os incomoda, como testigo de este encuentro, estampe vuestro comandante un autógrafo en mi piel.

Ya complacida desvaneció su inquietante presencia, llevándose la nave consigo.

Por lo suscitado, eran altas las posibilidades de que aparecieran evidencias de la Tláloc I, así que ordené amplificáramos los sensores y se montara guardia en las ventanillas. Esto dio frutos cuando, parsecs adelante, captamos una señal en el monitor sinestésico: sonidos verdosos, ácidas texturas, apestosos arpegios. A nuestras luces de contacto, respondieron ellos con una frase en imperativo:

—¡Háganse a un lado! —pronunciada como si no tuvieran a la derecha la mitad del Universo y a la izquierda la otra mitad con suficiente espacio para rebasarnos. Noté, apegado a la condición humana, que era una manera de hacernos sentir mal, dada su velocidad en relación a nuestra parsimonia. Asustados por un chirrido y zarandeo de nuestra nave, cuando pasaron muy cerca, enviamos al exterior un ojo de tantra (robot ocular para observaciones metacognitivas). Los infelices nos habían rayado la "carrocería" con un bajorrelieve en la imagen de una tortuga de ojos cansados que levantaba una pata para dar el siguiente paso. Pensé que la simbología era ofensiva y convoqué a la tripulación para un debate sobre su significado, lo que arrojó a las claras ser un insulto y etiquetarnos así como "lentos, pesados, torpes, pausados, flemáticos y acompasados".

—Lirios negros. Pelusa contrapuesta. Aceite de retardo nuclear. Es posible que encontremos por delante una nave aún más lenta que nosotros y yo me encargaré de pintarle al aguafuerte, sobre su "carrocería" un caracol. Lo prometo —postuló uno de los androides de servicio.

—Te avisaremos. Gracias.

Al dios azteca Tláloc lo representan coronado de plumas de garza y esparciendo semillas de maíz y frijol que después la lluvia hará germinar. Tláloc, el dios de la lluvia, el señor del rayo, el que hace fluir los manantiales. Oportuno el nombre con que bautizaron esta serie de naves que nos rebasaban. ¿Existirá una Tláloc IV? —Dejé expuesto mi pensamiento en alta voz ante la mesa de reuniones y pasó un año terrestre hasta que acudió la respuesta.

Realizaba un balance sobre combustible, víveres, personal y objetivos de la misión cuando fui interrumpido en mi despacho.

—Masternauta, han tocado la puerta de la nave. ¿Debemos abrir?

La situación que me presentaban era inoportuna. Si algo se hubiese aproximado, estaría en el radar. La computadora central me confirmó que los perceptores estaban en buena forma, así que no había error. Acudí a la puerta y efectivamente, mis oídos concluyeron que alguien golpeaba.

—Es un sonido como si estuviese lloviendo afuera y alguien buscara posada.

Dispusimos el habitáculo de rigor frente a la puerta, para no perder oxígeno y abrimos. Del otro lado aparecían tres delgados hombres que usaban vaporosas telas de color verde encendido, se mostraban descalzos y tenían en el rostro los colores de la salud.

—¿Es esta la nave Horus? Inquirieron tímidamente.

—Sí y ustedes deben ser la Tláloc IV, según deduzco —me atreví a vaticinar.

—No. Lo sentimos, la Tláloc IV estalló a diez minutos de tomar pista a las estrellas.

—Lo siento. Es una fatal noticia —expresé mis condolencias.

—Nuestra nave es la Odín, también de origen terrestre. Fecha de liberación de la gravedad, el 17 210 de la Décimo tercera Era Déléfica —Giró el hombro para dejarnos ver su parche espacial cocido en el hombro. Reconocí al dios de la mitología escandinava exhibiendo los símbolos de su poder: lanza mágica y yelmo alado de oro. Odín rodeado de los cuervos Huginn (pensamiento) y Muninn (memoria), junto a los lobos Geri (ansiedad) y Freki (glotonería), que le llevan noticias de cuanto acontece en el mundo.

—Esta esfera es Gliese 581 c, nuestro objetivo común —amplió detalles, señalando en su parche la esfera azul verdosa suspendida en un negro intenso salpicado de diminutas estrellas.

—Bueno... pasen... sigan, pónganse cómodos —propuse y ordené abran una gaseosa familiar, un plato de mellocos y algo de pan de leche para agasajar a los recién llegados.

Sobre los pormenores narrados por los visitantes sobre la Tierra en esos años de viaje en que perdimos contacto, había un lapso significativo con notables avances tecnológicos importantes y de todo ello nos maravilló que ahora pudiesen viajar con sus familias. Nosotros éramos solo hombres (me apena decirlo, con muñecas de plexiglass de apoyo amatorio), pero ellos podían reproducirse y a la hora de nuestro contacto ya tenían niños de pecho en su tripulación (sana envidia). Insistieron en que aceptáramos sus obsequios antes de partir y que los abriéramos solo cuando ya se hubiesen marchado. Con lágrimas en los ojos nos abrazamos y despedimos tras compartir una cazuela de mariscos espolvoreada en ajonjolí ácido, que mandé exclusivamente a preparar para atender su partida. En poco, Odín encendió sus motores y se perdió de vista.

¡Celebraríamos la Navidad! —lo decidí, así repentinamente, sin importar que en

ese año sería junio en la Tierra—. ¿Hace cuánto que no teníamos una Noche Buena? En un ataque de locuacidad imaginativa, dispuse que en los cuartos fríos del coagulante de refrigeración montaran un árbol de pino con bombillos y luces de colores. Los droides improvisaran villancicos y personalmente, abriría los obsequios dejados por los extranjeros al pie del arbolito.

Daba apertura a la primera caja cuando fui solicitado con urgencia al cuarto de máquinas para atender el aterrador informe de que el motor principal no estaba y que sobre su desvanecimiento, las cámaras de seguridad apuntaban a los extranjeros como culpables. Sin el motor, estábamos varados y el viaje no prosperaría.

—Masternauta —levantó el alférez uno de los obsequios dejado por los visitantes.

Llevaba marcado mi nombre y lo abrí con cuidado de no romper el celofán. Se trataba de un mapa sidereal de ese cuadrante con quince parces de radio. Instrumento muy útil sin duda y llevaba una nota al pie: "Gracias, lo sentimos mucho, pero si lo hubiésemos pedido sabemos que no nos hubiesen concedido. Se nos descompuso el sacapuntas de a bordo y su modelo de reactor nuclear es el único que podría echarlo a andar nuevamente. Tuvimos que robarlo, lo siento. Es de muy mal gusto, usted lo sabe, escribir con puntas romas. Firma: Dominique Sebastopoulos, comandante del Odín".

Me entristeció la idea de que nos hayan dejado cagados, a medio camino de ninguna parte, solo por atender una nimiedad sin la que se puede vivir. Me eché a llorar sin importar me vean y el ejemplo que pueda dar a la tripulación. Me encerré en mi camarote durante semanas para meditar en la compañía de una botella de whisky y agua seltz. Me emborraché y dormí en abundancia. A mi salida, días después del lamentable evento, descuidé usar uniforme y entré en pijama, despeinado y mal oliente a hurgar la alacena en busca de comida y pastillas para el dolor de cabeza.

—¡Masternauta! Qué agradable sorpresa tenerlo con nosotros nuevamente — habló así el tercer oficial que también era el cocinero y apareció sonriente llevando en manos un humeante charol colmado de humitas de dulce. De su propia voluntad, en el acto, me preparó unos huevos revueltos en aceite y ajo más una taza de café pasado. Me crucé de brazos apoltronado ya en un alto taburete y fue cuando me mordí el labio queriendo hablar mientras comía por encontrar con asombro la evidencia de movimiento en las estrellas deslizándose por la ventanilla.

— ¿Está usted bien? —preguntó el oficial.

— ¡Santo Cielo! ¿Cómo es que estamos otra vez en marcha? —me levanté para volcarme a la ventanilla.

—Se lo explico. Cuando se marchó la Odín, dejaron su basura espacial flotante a la deriva, la recogimos y ¡adivine qué! ¡Oro en esas fundas! Nuestros científicos apartaron la basura de la basura, usted comprenderá, y se toparon con retazos de una máquina, ignoramos su función, de la que han reparado y adaptado su motor y listo, ahora, con su ayuda viajamos a un octavo más de la velocidad que teníamos y llegaremos un poco antes de lo previsto.

Me condujeron a ver ese artilugio. La sala de máquinas lucía renovada y efectivamente, en el medio giraba insonoro un cilindro azul transparente con bolitas grises, el motor calzaba en el compartimento y se alimentaba perfectamente con nuestro combustible.

—¡Gracias chicos! Buen trabajo. Si aparece la Odín II, les disparamos sin preguntar. ¿Entendido?

—¡Sí señor! —unísono.

—Ya no podemos correr riesgos —Bostecé y volví a mi camarote.

Vivimos, luego del incidente, un periodo escaso de emociones y convenimos hacer reuniones esporádicas, para comentar las visitas de las naves terrestres que nos habían visitado y así mantener viva la memoria histórica; además mandé, para ratificar que no fue alucinación lo que vivimos, a entrenar un loro mecánico para que en los inicios de año repitiera: "Fuimos visitados por otros humanos, fuimos visitados por otros humanos... ". La frase del pajarraco se volvió un detonante que disparaba las expresiones creativas de la tripulación rememorando los eventos. Video, teatro, títeres, arte plástico, comic y otros recursos apoyaban la persistencia del inconsciente colectivo. Estas eran nuestras "Olimpiadas de la Memoria", si es que cabe el término.

Reconfortaba saber que respetábamos el camino trazado y que haya sido también abordado por nuestros predecesores en sus bólicos lumínicos. Nos esponjaba de orgullo, como una galleta en un vaso con agua, el saber que nuestros científicos terrestres no descansaban en diseñar y en construir naves cada vez más veloces y lanzarlas al espacio con gente tan díscola. Solamente había la oscura sospecha de que esos adelantos técnicos hayan sido el resultado de la guerra —es sabido que acelera la inversión tecnológica—. ¿Guerras por el agua?, ¿religiosas? o ¿por cambios climáticos? preguntas que esperaba hacer si nos daba alcance otra nave terrestre.

—Buenas noticias Masternauta, estamos por llegar —me informaba la teniente Vargas. Se trataba de una mujer eficiente que llevaba la lógica del ahorro al extremo de para ganar tiempo al nuevo día desayunaba en la noche anterior; era así de extraña esta mujer, pero bullía en ideas y ese era su don. Ultimadamente había conseguido mi aprobación para inaugurar un cine en la nave, algo de elevado ingenio y muestra de chispa creativa. El sistema consistía en insertar, al azar, en las almohadas de los tripulantes una registradora de memoria onírica; algo simple, pese al nombre rimbombante este que le han dado (Cine Cronosubjetivo) y consistía en una caja, que entra holgada en el puño cerrado y su tarea es la de filmar los sueños. Que el sistema de edición sea de carácter aleatorio permitía editar lo más extravagante de los soñadores, cinta que Vargas las proyectaba en los salones públicos,

con provisión de canguil y nachos, al mejor estilo de los cines 3D del siglo XX. El personal gusta de estas exhibiciones y los estudios recientes indican que otorga idéntico masaje cerebral que ocho horas de sueño, por lo que nuestro médicos lo recetan a los que salen de las agotadoras guardias de avistamiento para transferir la información y ejecutar maniobras evasivas contra asteroides de eventual impacto (inclúyase estrellas errantes —100 km/seg —).

—Masternauta. ¿Entramos en maniobras de aproximación?

—Sí querida. Será un alivio la idea de estirar las piernas. Gracias. —dije devolviendo el limón al plato de china y meciendo mi taza de té. Con la porcelana en mano me dirigí hacia la cabina de mando para ver la estrella destino crecer ante mis ojos, como lo haría en el béisbol una pelota lanzada en dirección a la tribuna. La teniente Vargas me había seguido de cerca. Atendí su observación:

—Pero hay algo más señor. Se trata de una nave. Aquí. Esa pequeña mota entre Aldebarán y Sirio. Humedecí mi pañuelo con mi aliento y lo restregué sobre el panel. Efectivamente, no era una mancha de este lado de la nave y pensé que podría estar del otro lado pero, aunque eso era posible, no saldría para comprobarlo.

—Comuníquese. Envíe un mensaje en todos los idiomas conocidos.

—Lo hicimos ya. Son terrestres. La abordaremos por la mañana.

En el espacio no hay mañana ni noche y para paliar esta deficiencia de salida y puesta del sol, los biólogos del proyecto dieron como solución radiar por los altavoces la intervención del canto de un gallo a las seis de la mañana y el aullido de un lobo a las siete correspondiente a la hora de Madagascar.

A una hora extraña en que me debatía entre dormir con pijama o con una camiseta del Deportivo La Coruña, cantó el gallo y salí al puente.

La nave resultó ser un trirreme vikingo y subestimando su forma y velocidad, aprobé se ejecute la idea del droide que propuso, unos parsecs atrás, marcar en su carrocería un caracol. Resultaba tonificante encontrar en el espacio algo más lento que nosotros. Les rebasamos, abollamos su carrocería y descendimos.

Precedía, a la bandera terrestre, el estandarte de la Horus con la inquisitiva envergadura del halcón con cuerpo humano. Como esperábamos, el viento era intenso y ondulaba magníficamente nuestro blasón. Había ensayado, con antelación, lo que diría al tocar tierra; serían unas breves palabras para heredar a la posteridad, diría: "Reclamo esta tierra en nombre de la Confederación humana...", pero, obra del azar, ocurrió que resbalé, estando por abandonar la escalerilla de desembarco y la alocución que me salió fue: "¡Quién puta mierda arrojó esa cáscara en el suelo!" y eso pasaría a los libros de historia, en vez de mi calculada oratoria.

—Es el simio mascota del cocinero que ha salido antes y nos ha precedido topando tierra. Mírelo allí, en ese "árbol" —intervino Vargas, muy lúcida en sus observaciones.

—Está bien Vargas, que no sea vaticinio esto y en lo futuro sean los simios quienes reclamen como suyo este planeta y se revelen. Haremos algo, encierra al mono y altera los videos del desembarco, usando tu artilugio recolector de los sueños: escoge de todos los sueños de la tripulación registrados en el último año luz de viaje, uno de carácter premonitorio, que me deje bien librado para los libros de historia y reemplaza estas burdas escenas.

Vargas acató el pedido. Pasados unos días en que nos acomodamos en una caverna de granito al pie de un mar hinchado de vida, me mostraba los videos finalistas y de

los que más me gustaron, elegimos el de una cosmo bióloga que narraba de la siguiente manera nuestra llegada a Gliese 581 c: "Emerge en el horizonte el plato metálico de la Horus, liberándose por su velocidad, de una nube enrarecida de color plata..." Aparecía un primer plano de mi rostro en la ventanilla, con el brillo de la dicha agazapado en mis ojos radiantes de ingenuidad. Vargas, detrás, recogiendo esa lágrima para donarla al archivo como vestigio de ese momento cumbre en la vida del hombre en que, abandonaba su cuna para gatear en un mundo gemelo. La nave descendía, se abría la puerta, aparecía la bandera terrestre, luego el blasón de la Horus y detrás el desfile que, al son de saxos y baterías, arrancaba en un vistoso carnaval, la tripulación, guiada por quien les habla, tomando definitivamente, a paso resuelto, la pertenencia de este planeta. Muy detrás, cerrando la marcha, sobre la nuca de un soldado, presentaba al mono comiendo una banana y guardando educadamente la corteza en una funda para desechos orgánicos. Quedé satisfecho con la manipulación autorizada de los videos de desembarco.

—Masternauta. Ha regresado la patrulla. No hay evidencia de las Tlaloc ni de la Odín que hayan llegado y expandido su influencia en este planeta. Radiamos en todas las frecuencias y el espectro de vida solo muestra sobre Kepler 10-b a criaturas aladas y exoesqueléticas con base en ADN de tres espirales, muy ajena a nuestra configuración y a esas babosas enormes.

—De muy buen sabor por cierto —acoté. Ya había, en privado, saboreado algunas.

Encontraron una ciudad próxima. Hicimos el camino abriendo trocha con nuestros machetes sobre la tupida maleza. Lo único rescatable era la presencia de estos persistentes caracoles que nuestros galgos los comían con delectación. El espectrógrafo gastronómico, arrojaba vestigios de fructosa, zinc, triptófano y carnitina en su composición y viendo que no les hacía daño a los animales, algunos de los nuestros también los probaron. Encontrándolos personalmente sabrosos ordené que los recolectaran y transportaran a la nave para la cena.

Avizoré un terraplén con las ruinas de una desvencijada puerta de bronce. Reconocí, en la simbología de sus relieves, la presencia de alguna de las misiones Tláloc. La observación fue corroborada por la inscripción al pie con los nombres de los integrantes de la misión Tláloc III repujados en planchas de granito rosa. Pero sus hacedores no estaban.

El resto del trabajo y las conclusiones las sacarían los arqueólogos, así que dejé todo en sus manos y me retiré al vivac para revisar como avanzaba la cartografía del planeta, gozoso de saber que los climas, en todas las latitudes, eran favorables.

Esbozaba la manera de repartir las tierras, explotar los metales y redactar ciertas leyes para aderezar de armonía a las colonias. Recibí periódicamente hallazgos reveladores. Reseño lo destacado en el orden que me fueron expuestos:

Auizad resultó ser el nombre de la metrópolis y retirada la maleza mostró solo ser la punta de un iceberg de construcciones monumentales que se tejían por todo el continente y poseían, a la hora de su desaparición, aquello que marca a una civilización evolutiva en la clase 3, según el catálogo Obert Simpson: desarrollo nuclear, apatía por el prójimo y decadencia de los combustible fósiles.

Habían sido terrestres efectivamente, datos corroborados por la exhumación de sus osarios, progenie de la Tláloc I y II fusionada, según los libros digitales encontrados en sus bibliotecas que revelaban su arribo, auge y caída. Luego, debido a una mutación, los humanos degradaron en esas babosas que nos comimos sin saberlo (Escupitajo al suelo).

Los estratos expuestos por la excavación, mostraban enormes peinillas de hierro que habían sido instituidas en sitios de culto. Posiblemente atribuidas a la existencia de los cabrones que nos robaron el motor, pues muchos de mi tripulación, en la visita, notaron esa manía constante de usar peinillas recurrentemente para acicalarse el pelo con enfermiza delectación y mirarse al espejo para acomodarse las gabardinas. El asunto fue concluyente cuando encontramos otros utensilios de belleza bajo un afiche de Elvis, eran restos de carbón

vegetal, leños, huesillos de roedores, conchas de mar... Mummi y Nummin ni más ni menos, presentes en lo frontal y anverso de monedas en bronce...

—Masternauta.

—Estoy llenando la bitácora.

—Pero... es importante.

—¿De qué se trata?

—Los vikingos, el trirreme que rebasamos, ha llegado a la playa. Los hombres rubios merodean la costa. Amenazan con quemar el campamento si no hablan con nuestro regente.

Era verdad, allí estaban, corpulentos e inquietos, descalzos jugando en la arena beach voley. Apagaron las risas y detuvieron la pelota a mi llegada.

—Hola, solo estamos abriendo camino al comercio. Estamos de paso, nuestro objetivo es esa luna de hielo, el clima va con nuestro flemático temperamento. Necesitamos sus máquinas para recoger algo de vanadio y nos iremos. A cambio de sus favores les entregaremos esto; son organismos parasitarios que por, un poco de agua, ceñidos en el paladar del huésped, soltarán en su torrente una sustancia que atenuarán los radicales libres.

Les ofrecí consultarlo con el Concejo de Ancianos (solo dije que había un Consejo de Ancianos para impresionarlos), pero no he vuelto por allí, ni pienso hacerlo, detesto el vóley de playa. Quizás; si practicaran el indor, la cosa estuviese mejor encausada. Por si fuera poco los caracoles, que resultaron inteligentes y versados en litigios legales, me han entregado una denuncia: indican que embestí intencionalmente al trirreme vikingo y que

debo arreglar el vehículo y pagarles indemnización (Revisaré en la caja fuerte de la nave, me parece que la Horus tiene algún seguro que cubre estos imprevistos).

Esta mañana, nuestras máquinas escrutadoras del cielo han confirmado con sus lentes que ha ocurrido lo esperado: el Sol se ha convertido en una enana roja y engullido a la Tierra.

Como detalle pintoresco, cito que el mono ha preñado a una especie de mamífero local. Abdico y vuelvo al espacio. Vargas se quedaría al mando.

3.1.2. (La pesadilla de Escher)

Keller, Juan

3. Desenlace: noviembre 2009.

Con diferencia de pocos minutos nacen por cesárea en la Ciudad Antigua los hermanos Enz y Ada. Tienen muy bajo peso. El nombre de los niños es lo único que alcanza a decir su madre, debilitada por una larga y penosa enfermedad. Fallecerá de un paro cardíaco a los pocos días con expresión feliz sin siquiera llegar a amamantarlos. El padre de las criaturas ha sucumbido de una infección generalizada ocho meses antes. Un análisis médico exhaustivo revela que con el transcurso del tiempo los recién nacidos desarrollarán la misma enfermedad hereditaria, degenerativa y mortal. Pero lo realmente inexplicable es que la niña tiene exactamente la misma estructura genética de su madre mientras que el varón comparte la totalidad de los genes con su padre.

1. Introducción: enero 1985.

Con diferencia de pocos días nacen en extremos opuestos del país Enz y Ada. La madre de Enz, una adolescente soltera y sin recursos, escapa del hospital abandonando al niño. Nunca volverá a verlo. Los padres de Ada están desesperados. Han encontrado en el sanatorio al responsable del infrecuente procedimiento que permitió a la mujer quedar embarazada, luce raramente rejuvenecido, ha fingido desconocerlos. Temen ser deportados o que la niña cargue consigo alguna patología extraña. La entregan en un orfanato, dan datos falsos de identidad y se alejan para siempre.

2. Desarrollo: febrero 1985 - febrero 2009.

Una enfermera toma a Enz. Lo lleva a su casa y convence a su esposo de quedarse con el niño. Va a remplazar al hijo propio que murió prematuramente. Son ancianos. Un amigo del hombre consigue inscribir a Enz como hijo del matrimonio. Lo hace a través de un representante y algún dinero.

Ada es olvidada en el orfanato. Uno de los empleados la vende a una mujer sola que se la lleva a la periferia de Antigua.

Los nuevos padres de Enz son temerosos como todos los viejos. Apenas dejan que el niño juegue fuera de la casa. No tiene amigos, los hijos de los vecinos no son adecuados para él. La casa es pequeña, una cárcel pobre de cuidados y miedo. Le enseñan a leer antes de empezar la escuela.

La madre adoptiva de Ada vive en una estancia. Es la institutriz de los hijos de una próspera familia. En ocasiones es amante del hombre. Pasa mucho tiempo con su niña que corre libre por los campos y retoza bajo el sol varias horas cada día.

Para Enz la escuela es demasiado fácil. Pero relacionarse con otros niños es casi imposible. Sus padres no aprueban a ninguno y casi nadie lo acepta como compañero de juegos. Por las mañanas va al cercano colegio con paso demasiado lento. Por las tardes vuelve corriendo al hogar y se encierra con sus libros.

Ada es instruida por su madre junto a los otros niños. No se interesa demasiado en las clases. Aprende lo justo y no se le exige más que eso.

Enz es sedentario y adopta el lento ritmo de vida de su anciana familia.

Ada es lozana y activa. Con diez años ya aventaja en cualquier deporte a los mellizos de doce.

Enz comienza a estudiar por su cuenta distintos idiomas. Tiene que comprender esos otros libros que ha conseguido. Su madre lo llena de protección y vitaminas. Su padre lo abriga en exceso y le habla de programas de televisión.

Ada empieza a salir de la estancia con frecuencia. Practica varios deportes en distinguidos equipos que la aceptan por intermediación del empleador de su madre.

Enz ya consigue leer, comprender y disfrutar todo cuanto llega a sus manos. No intenta conseguir amigos. No intenta ser admirado. Se conforma con lo que es y tiene.

Ada se acerca a la pubertad. Goza del respeto y la simpatía de muchas niñas.

En esta etapa tanto Enz como Ada son felices. Aunque de diferentes maneras.

Enz es sometido por su madre a periódicos controles médicos. Son análisis de rutina y revisiones poco profundas. Tiene sobrepeso y un acné incontrolable.

La esbelta Ada está totalmente integrada a un grupo de selectos adolescentes. Su futuro es prometedor.

Enz comienza la escuela secundaria. Habla con sus padres para que lo dejen viajar solo al colegio. Aceptan de mal modo después de largas discusiones.

Ada brilla. Su actuación en distintas disciplinas físicas es descollante, su desempeño escolar es apenas aceptable.

Enz pierde peso, sufre de fiebre alta y una erupción en mejillas y fosas nasales. La enfermedad se agrava con el paso de los días y comienza a comprometer los pulmones. Una serie de análisis minuciosos concluye en un diagnóstico de Lupus Eritematoso Sistémico. Comienza a medicarse en forma periódica.

Nahuel, el mejor amigo de Ada, deja el país con su familia. Como despedida la inicia sexualmente.

Enz quiere creer que la enfermedad es algo que lo completa. Pretende ver al mal como el encargado de llenar su vacío. El ente que lo hará sentir vivo mientras lo mata. Íntimamente sabe que no podrá engañarse en forma permanente.

Ada comienza a alejarse de su madre quien ha iniciado un romance con un anciano viudo al que la joven no tolera.

Como una ordalía, Enz tiene su primera relación sexual en un prostíbulo cercano a su casa.

Ada es deseada por múltiples pretendientes. Dosifica sus favores entre varios de ellos.

Sucesivos inviernos se llevan a los padres de Enz. Se adapta a su independencia. Sube constantemente las dosis de corticoides con que se medica. Acude a distintos centros de salud públicos. No se siente abatido por completo.

Después de una discusión con su madre Ada escapa de casa. Vive una semana con un novio y luego regresa.

Enz se harta de las demoras y las miserias de los hospitales públicos. Consigue trabajo como traductor en una editorial y se muda a Ciudad Central. Gasta sus escasos ahorros y la magra herencia para seguir su tratamiento en una clínica privada.

Ada cambia dos veces de escuela. La nueva pareja de su madre solventa su falta de interés en el estudio.

Aunque afuera el cielo esté completamente blanco, es la blancura del techo la que parece natural. Las paredes de la habitación completan el ambiente de immaculado y prístino cuidado soportando, a veces, complicados equipos médicos. El interior muestra una perfección que el mundo real no posee. Doctores y enfermeras son ángeles profesionales que atienden a Enz. Reposo en un lecho cómodo y limpio, es rodeado por palabras cordiales y frases tranquilizadoras. Es alimentado con amabilidad y píldoras son depositadas con delicadeza en su boca como drogas en sus venas. El universo completo es nieve (tiene su consistencia, su color, su belleza) y está diseñado cuidadosamente para aliviar, distraer, complacer. En definitiva, a engañar. Ya que no existe cura para su enfermedad, Enz vuelve a sentirse incompleto. Desesperadamente trata de entender.

Con dos años de atraso Ada concluye sus estudios secundarios.

Enz abandona su prisión de lujo. Alentado por una leve mejoría comienza la carrera de Letras en la Universidad.

Ada comienza a vivir con unas amigas.

La enfermedad consume los rasgos de Enz. Quema sus fotos.

Ada se enemista definitivamente con su madre quien espera un hijo de su nueva pareja.

Enz deja los estudios formales. Sufre de fotosensibilidad aguda y solo tolera salir de noche.

Ada se muda a Ciudad Central con la excusa de comenzar estudios universitarios.

Las horas de Enz transcurren en diferentes bibliotecas. El silencio, la penumbra y el tacto del papel lo tranquilizan.

En la gran ciudad Ada no estudia ni trabaja.

Enz comienza a escribir un diario. Apenas unas líneas cada día. Frases simples y en tiempo presente. Hoy pierdo un poco la movilidad de la mano izquierda y disfruto la lectura de Ecce Homo.

Ada recibe una última carta de su madre, dice que es adoptada. No siente interés por averiguar su verdadero origen.

Hastiado de posibilidades frustradas y desesperado por encontrar una salida, Enz comienza a visitar al Doctor Brion Patchet, un investigador de dudosos antecedentes que conoció en uno de los tantos hospitales por los que transitó.

Ada es mantenida por sus amantes y lleva una vida tan confortable como agitada.

Enz sigue sus actividades como un mandato mecánico que no puede eludir. Pierde toda esperanza.

Ada recibe una llamada anónima. Una voz masculina la llama por su nombre y le dice que sufre una enfermedad autoinmune crónica, deja un número de teléfono. Ada corta, la llamada no se repite pero ya no logra estar tranquila. Se realiza estudios médicos detallados que dan la razón al desconocido. Lo llama y fijan un encuentro en su consultorio.

Los efectos de corticoesteroides e inmunosupresores comienzan a ser nulos para Enz.

El Doctor Patchet se disculpa por inquietar a Ada. Ha encontrado sus datos en algún banco de datos genético y promete alivio. Le presenta a sus compañeros de sesiones: cuatro pacientes que pronto dejarán de asistir y Enz.

Enz ha dejado de reconocerse cuando ve a Ada por primera vez. La mujer tiene su misma edad, comparte su enfermedad y el lugar de tratamiento.

Los cambios realmente importantes ocurren con celeridad y profundidad. Ada siente que todo su pasado puede resumirse en escasas líneas carentes de contenido pero se siente incapaz de expresar siquiera con todas las palabras que conoce o imagina su estado de confusión actual.

Ver a Ada es como contemplar un espejo. Son las palabras que Enz ve cada vez que cierra sus débiles ojos.

Obnubilada por sus palabras y aterrada por el futuro, luego de un pico de promiscuidad Ada comienza a visitar asiduamente al Doctor Patchet y descarta otras posibilidades de medicación.

En esta etapa tanto Enz como Ada son infelices. Por una misma razón.

Enz se sorprende escribiendo en su diario "sobrevivir no es suficiente".

Ada se sorprende mirando al poco atractivo Enz durante las sesiones con Patchet.

Diario de Enz: la vida no puede escribirse.

Ada cree ver algo en Enz. Nota su ausencia de pasado. Se siente identificada con su carencia (u ocultamiento) de recuerdos.

No creen ni caen en los convencionalismos del romance, sus sentimientos son más profundos.

La enfermedad comienza a atacar los riñones de Ada que debe medicarse en forma periódica. El dolor articular de Enz se vuelve intolerable.

Diario de Enz: a esta altura podríamos habernos dejado caer en las profundidades del vicio, sin embargo aceptamos la pureza de la rutina.

Ada deja de ver a sus amigos. Se resigna por su mal pero no encuentra consuelo para el sufrimiento de Enz.

El estado de Enz no cesa de empeorar. Prognosis negativa.

Brion Patchet menciona solución radical para darles una nueva vida. Dice haberlo hecho varias veces con anterioridad. Dos consigo mismo.

Ada y Enz no aspiran a la eternidad, aunque no niegan la posibilidad ni ignoran la belleza de repetirse.

Patchet afirma: la inmortalidad ha sido un sueño recurrente de la humanidad y es así, precisamente, como se puede alcanzar... en forma recurrente.

(Afiebrado). Somos imperfectos. Fuimos/seremos uno. Estamos enfermos. Estuvimos/estaremos compenetrados. La cura a nuestra actual enfermedad ha perdido relevancia. Enz alucina. Enz entiende todo. Hoy sé que existirá otro hoy.

Patchet recibe a Enz y Ada para su sesión habitual. Está borracho y acaricia una gata vieja. Con miedo, sus pacientes escuchan una especie de confesión. En uno de estos tratamientos procesé genéticamente la muestra de una paciente. A partir de ella conseguí sujetos varones y hembras: once seres en total. Los separé porque la mujer estaba muy débil. Tuve que implantar los embriones en otras portadoras. Lamentable, me hubiera gustado poder estudiar la reacción psicológica de un embarazo tan masivo. Cambié género y otras características (color de cabello, altura, peso) en los sujetos en forma creativa y caprichosa. No toqué el cromosoma 6 ni el gen RUNX-1, mejoras en calidad de vida son irrelevantes. Por lo que sé nacieron ocho monstruos, un idiota y una pareja de especímenes adecuados. No partí de la costilla de Adán sino del ADN de Eva. ¿Y la multiplicación de las almas? ¿Y el orden que deben tener las cosas? ¿Y el lugar donde debe estar el final? Mientras escucha, Ada se siente capaz de darlo todo por Enz.

Ada y Enz están muy preocupados por la precaria salud de Patchet. El médico ha comenzado a padecer delirium tremens. Confunde un futuro lejano que no puede conocer con lo que pasó hace apenas unos días atrás.

El comienzo es el final. El principio debe ser el fin. Enz delira y repite esas frases. Incesantemente.

A Ada le detectan una afección cardíaca incipiente.

Diario de Enz: vamos a repetirnos. Aunque no transitando el mismo círculo infinitas veces sino recorriendo sucesivas líneas que forman una circunferencia de radio perpetuo.

Ada sólo piensa en Enz creyendo que no piensa sólo en sí misma.

El amor de Enz es por completo seco. Los fluidos lo han abandonado, ya no produce lágrimas ni sudor ni semen. Apenas orina.

En esta fase Enz y Ada intentan volver a ser uno. Pueden significar lo mismo o carecer de sentido palabras como felicidad, aflicción, egoísmo, altruismo, unidad, pareja, lenguaje, silencio, masturbación, incesto, nacer, morir. Viven alejados del sol. Por las noches, con suprema alegría, caminan tambaleándose con las manos deformes entrelazadas. No necesitan ni albergan la más mínima carga de misticismo. Una esperanza enteramente material sostiene sus pasos. Hay un camino cierto y moral para escapar de su distopía. Queda la angustia como un leve ruido de fondo. Un ambiente habitual para Enz. Un espacio que Ada quiere conocer.

Asistido por un hijo adolescente de asombroso parecido, un desmejorado y cirrótico Patchet clona a Enz y Ada. Implanta los embriones en Ada. Enz agoniza. El embarazo va a acelerar el deterioro de la salud de la mujer y va a acercarla a la decadencia física del hombre. Tenuemente esperan que en los próximos años se halle una cura definitiva para su mal. Aún en el peor de los casos, de no mediar circunstancias imprevisibles, vivirán al menos una vida juntos. En el mejor, sucesivas vidas vía partenogénesis. Padres de sí mismos, superan la ilusión de la identidad y el ego. No condenan nuevos seres al tormento de existir.

La eternidad no es más que un continuo presente. Como estas palabras. ^[1]

[1] En la actualidad el LES no tiene un certero diagnóstico precoz, sin embargo, una detección temprana ayuda al relato. Para ser coherente con el avance de la genética, el cuento debió situarse diez o quince años en el futuro, por motivos completamente irracionales decidí fecharlo como consta aquí.

Mientras madura la cosecha

Guadalupe Ingelmo, Salomé

Il sorriso di Pantera si allargò. Sollevò la pistola e sparò un colpo verso le mitragliatrici. Poi un altro. Poi vuotò l'intero caricatore.

Valerio Evangelisti, Antracite

Durante la próxima semana, el próximo mes y el próximo año vamos a conocer a mucha gente solitaria. Y cuando nos pregunten lo que hacemos, podemos decir: "Estamos recordando". Ahí es donde venceremos a la larga [...]. Vamos, ahora. Ante todo, deberemos construir una fábrica de espejos, y durante el próximo año, sólo fabricaremos espejos y nos miraremos prolongadamente en ellos.

Ray Bradbury, Fahrenheit 451

–¡Eh, me habías prometido media onza de tabaco!

–No lo recuerdo –responde impasible mientras introduce el faldón de su camisa por dentro del pantalón con exasperante parsimonia.

Ella no se resigna. Sin perder un sólo segundo el rictus inescrutable que siempre lo acompaña, da por concluida la conversación extrayendo su revólver. Súbitamente las reclamaciones cesan. La pelirroja comprende que ese día podría perder mucho más que sus

honorarios y se aleja maldiciendo al infame cliente. Es una prostituta como tantas otras, como todas las que deambulan por las calles y trapichean en el mercado negro para dar de comer a sus mocosos. No la ha escogido por ningún motivo en particular, sencillamente estaba allí: lo mismo da una que otra. Ni siquiera se ha fijado en su cara; en unos días podría abordarla de nuevo sin recordar que ella ya conoce su juego.

—¿Eres el Mexicano? Vengo a proponerte un negocio.

El extraño lo sobresalta. No ha escuchado cómo llegaba por detrás, y eso lo inquieta. Ha trabajado muchos años como rastreador, persiguiendo a los fugitivos de la Compañía y cobrando sus míseras recompensas: resulta proverbial su buen oído. Además, sería capaz de dar con un hombre guiado únicamente por su olfato. Pero ese tipo no desprende más olor que una sombra. No le ofrece la menor confianza.

—La chusma trama algo. Murmuran vagas noticias sobre movimientos obreros al otro lado del océano. No sabemos cómo están al corriente. Desde la disolución de la Confederación de Estados la comunicación se perdió definitivamente: por cuanto sabemos, Europa entera podría haber desaparecido bajo las aguas. Deben de ser esos irlandeses; parecen no romper nunca del todo los lazos con su tierra, por muchas generaciones que pasen. De dar crédito a las habladurías, algunos mineros, encontrados culpables de alta traición por pretender crear sindicatos e inducir a la huelga, habrían sido ajusticiados en varios de los Reinos. Se ve que allí no titubean a la hora de sofocar las revueltas. Nosotros hemos de tomar ejemplo. Te infiltrarás entre ellos y nos mantendrás informados. Rodeado de negros, chinos, indios e irlandeses no llamarás la atención. Quiero los nombres de los cabecillas. Necesitamos conocer sus planes para poder abortarlos. Tus servicios serán generosamente recompensados.

Cierran el trato por una suma abultada; los de arriba deben de estar muy preocupados. Al despedirse no le da la mano: es sólo un siervo de la Compañía, pero probablemente nutrirá reparos ante la idea de tocar a un medio sangre. En muchos lugares los matrimonios mixtos están penados con la horca y el infanticidio resulta de obligado

cumplimiento cuando esas uniones antinaturales dan sus aberrantes frutos. De haber sido vendida su madre en otro estado, él nunca habría llegado a nacer.

Dicen que en los reinos de la vieja Europa algunos han conseguido huir y hacerse fuertes en los bosques, hasta donde no llegan los tentáculos de las Compañías. Que viven en pequeñas comunidades con sus mujeres e hijos. Que trabajan sólo para sí mismos.

Él observa a esos hombres prematuramente avejentados: los rostros esperanzados, el entusiasmo infantil alrededor de la lumbre en la que calientan la olla de habichuelas. Y mientras la fina loncha de manteca se derrite al fuego, algo que creía perdido hace mucho tiempo se ablanda también dentro del forastero. El mestizo, hombre de pocas palabras, ha sido bien acogido por los miembros de su cuadrilla. No ha hecho esfuerzo alguno por integrarse y, sin embargo, a pesar de la miseria en la que viven, ha encontrado entre sus nuevos compañeros una generosidad a la que no está acostumbrado, que lo desconcierta.

Esa noche, en sueños, lo visita un espíritu del pueblo de su madre. Parece querer decirle algo, pero no habla. Se limita a mirarlo con sus ojos blancos como copos de algodón. El rostro demacrado, excavado, explotado, agotado, lleno de aristas... se confunde con la negra hulla.

–En realidad nada sé de Europa, salvo que mis antepasados nacieron allí, en Irlanda, hace varios siglos –confiesa el cabecilla una noche mientras todos duermen–. No hay información privilegiada ni canal de comunicación alguno con nuestros hermanos del otro lado del océano. Cuanto cuento... lo he sacado de un libro. Robin Hood era un tipo al que el poder desposeyó de todo. Pero no se rindió, y al final consiguió reunir un ejército de parias y desheredados como él. Esa historia mantiene vivos a los muchachos. Y luego cada uno la cuenta, a su vez, a su modo.

–¿Tienes un libro? –pregunta perplejo, abandonando su perpetua expresión impasible.

El pistolero no logra entender cómo pudo sobrevivir un libro a las famosas limpiezas del 2025, treinta años atrás. Ésas en las que ardió la última copia de una obra de la que ninguno de ellos ha oído hablar jamás, La otra historia de los Estados Unidos, de Howard Zinn, en la que el autor vaticinaba un movimiento contra la desigualdad social: las revueltas pacíficas de todos los sectores desfavorecidos, las que fueron sofocadas salvajemente por las Compañías, que dejaron de esconderse tras sus estados títere y comenzaron a gobernar, sin pudor, con puño de hierro sobre una sociedad definitivamente dividida, por ley, en castas. Tampoco comprende cómo ese hombre puede haberlo escondido; cómo no ha sido descubierto en cualquiera de los múltiples registros a los que son sometidos sus barracones. Ni cómo es posible que ese pobre diablo haya aprendido a leer.

–Sí. Lo tengo aquí –explica orgulloso mientras se golpea la sien con el dedo índice–. El tipo que me lo legó, un antillano que se hacía llamar Guy Montag, me obligó a prometer que viviría hasta encontrar un sustituto. En cuanto te vi comprendí que habías sido enviado por la providencia.

Así que ése es todo el misterio: no preparan una revolución ni pretenden rebelarse contra su suerte. Entre las manos no tienen más que palabras. Palabras que los mantienen vivos, pero que no pueden suponer una amenaza para la Compañía.

Sueña de nuevo. Ha vuelto a casa. El rancho apenas ha cambiado desde su partida, como si nunca se hubiese producido la expropiación. Su padre está cortando leña. Levanta la vista y sonríe ante el regreso del hijo pródigo. Parece haberlo perdonado. Intuyó enseguida quién ganaría la Segunda Guerra Civil. Las Compañías necesitarían hombres capaces de imponer su orden; ninguna profesión sería tan rentable como la de mercenario. Y él era un hombre práctico, inmune frente a los cantos de sirena de la utopía.

–113, tu rancho –la voz del carcelero lo despierta.

Ha pasado los últimos cinco años encerrado en una celda de cuatro metros cuadrados, sin agua corriente ni más luz que la de una vela. Nunca volverá a disparar: le seccionaron los tendones entre el pulgar y el índice con una navaja de barbero. Pero no habló. Podría haberles contado la verdad. Habría obtenido un fajo de billetes y quizá habría logrado salvar a su predecesor. O quizá no. A menudo se consuela pensando que probablemente, una vez hecho el trabajo, en lugar de la prometida recompensa habría recibido una bala entre ceja y ceja: las Compañías no tienen palabra ni saben de honor.

"No podréis detenerlos: sus cabecillas ganan adeptos día tras día. Son ya un ejército mimetizado. Donde vosotros sólo veis esclavos, la resistencia duerme agazapada, esperando su momento para asestar el golpe. ¿Ajusticiaréis a todos vuestros peones? Donde uno caiga, se levantarán cientos". Por la noche, a pesar de los dolores, duerme plácidamente pensando en cómo ellos, en sus blandos lechos, no duermen. Sueña cómo crece la semilla de inquietud que ha plantado en sus mentes y que ya no lograrán extirpar. Porque, por mucho que confíen en su fuerza, en el fondo saben que toda cuerda tiene un límite más allá del cual no parece juicioso estirar. Que toda acción, antes o después, encuentra su justa reacción.

También ellos saben, aunque pretendan fingir lo contrario, que será sólo cuestión de tiempo.

La última cabalgada

By Pacoman

Intento mantener la dignidad frente al escudero, que más que ayudarme, está haciendo todo el trabajo, poniéndome la armadura. Rehúyo ver mi imagen en el espejo, yo que tantas veces me he perdido en el juego de vanidad, de contemplarme mientras me armaba caballero.

Se planta frente a mí, ha acabado su trabajo. Con un esfuerzo que roza el dolor consigo poner mi mano en su hombro, mirarle a los ojos y darle las más sentidas gracias. Sale raudo, para que no vea rodar sus lágrimas.

Bajo lento, ya hace tiempo que no puedo hacerlo de otra manera, al encuentro de mi Bestia. Ahí está, esplendorosa, pese a su edad. Los palafreneros se han esmerado, no en vano también es su última razia.

Gracias a los pajes consigo subirme a horcajadas y el firme contacto de mi montura me infunde bríos insospechados. Unas enérgicas notas nos alcanzan al salir del edificio, afino el oído a través del casco. Y me cuesta creerlo, es el **O Fortuna del Carmina Burana**. Al pasar junto al foso principal en regia formación, los auxiliares nos saludan con honores militares.

Enfilamos el camino principal, con un suave trote que vamos convirtiendo en sostenida cabalgada. La Bestia bufa como el primer día, sin embargo, el inexorable tiempo también ha hecho mella en ella. El Sol y la suave brisa han acabado compareciendo para rendirnos el postrer saludo, en este último baile.

Encaramos la definitiva desviación. Con un golpe de muñeca acelero a fondo. La Bestia rugue entre mis piernas. El motor alcanza las máximas revoluciones y enfrente: el Sol. El asfalto luce dorado. No hay tráfico. Concentro mi vista en la reflexión solar. La luz se emblanquece y los bordes se llenan de azul cobalto eléctrico. La Bestia conoce el camino. Me concentro en el blanco cegador. El celeste de las aristas se incendia.

El mío ha sido un largo camino. Miles han sido las horas patrullando la ciudad. Nada queda para un rider al final de su Servicio. Nada salvo la mítica última cabalgada. Juré no arrastrar mi cuerpo por servicios asistenciales de limosna. No engordaré la fila de compañeros jubilados que se amontonan en la puerta del acuartelamiento para verlos salir en sus motocicletas. Volver caminado al patio del asilo. Y recordar los pasados días de gloria.

Ya estoy en el borde del acantilado. No queda asfalto frente mí. Sigo viendo la reflexión blanca y bordes ardientes. Toda una autopista de dos carriles. Sólo hay una pequeña escalera al cielo. Ahí no me lleva esta luz. Mi destino es otro. Juraría que comienzo a escuchar el Highway to Hell de los AC DC. Será por el uso, pero un camino es una escalera y el otro una autopista. Voy directo al infierno, transitando una divina autovía.

La Ya está, ya hemos saltado. El traje acolchado no me salvará de aplastarme tras veinte segundos de vuelo en caída libre. Apago el grabador mental y deshago la conexión cerebral con la central. Ya tienen suficiente material para su video en el noticiero de la ciudad.

La motocicleta se escapa de entre las piernas. Acelera su descenso. Me ha servido bien, ha ganado su descanso. Venimos solos y nos vamos solos de este mundo. Me vuelvo a engañar y creo percibir motoristas que cabalgaron al abismo. Me esperan. La autopista se desvanece y el suelo emerge. Os dejo, es tiempo de morir.

Post Scriptum: Y con los acordes del **Glory Days** de Bruce Springsteen, **Stairway to heaven** de Led Zeppelin y los ya citados AC DC y Carl Off se funde en negro

y difumina el recuerdo de este rider y con él el de todos los caballeros andantes que sirvieron a un ideal, justo o injusto, noble o inmoral, pero suyo.

¹ Partiendo de la muestra: 0,2667 ; 0,2069 ; 0,2903 ; 0,4828 ; 0,3182 ; 0,4286 ; 0,4054 ; 0,4516 ; 0,4848 ; 0,5 y 0,2857. Es trivial obtener la media muestral ($\bar{X} = 0,3746$) y la desviación muestral ($s = 0,1036$).

² Dado que la muestra es inferior a 30 ($n = 11$) y la varianza poblacional es desconocida el estadístico a obtener es una **t de Student** con $n-1$ grados de libertad (es decir, $11 - 1 = 10$). Para un grado de confianza del 90% ($1 - \alpha = 0,9$) busco en [la tabla de la t de Student](#):

$$^3 t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} = t_{10; 0,95} = 1,813.$$

⁴ Intervalo de confianza $\left(\bar{X} - t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} \frac{s}{\sqrt{n}} ; \bar{X} + t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} \frac{s}{\sqrt{n}} \right)$
aplicando los datos: (31,80% ; 43,13%)

⁵ No hay muestra suficiente para realizar un [test de Chow](#) (cambio estructural) para verificar si este porcentaje se ha incrementado en los últimos años.